

Desigualdades dicotómicas asimétricas. Un enfoque cualitativo para el estudio de la desigualdad

Asymmetric dichotomous inequalities.

A qualitative approach to the study of inequality

SALVADOR VÁZQUEZ*



PALABRAS CLAVE

Desigualdad; Dicotomías asimétricas; Cualitativo; Explotación; América Latina.

RESUMEN Frente a las crecientes desigualdades en América Latina, se hace necesario explorar distintas formas de explicar las desigualdades a partir de enfoques centrados en el análisis de las relaciones de poder como las dicotomías asimétricas derivadas de prejuicios socialmente contruidos a partir de diferenciaciones como blanco-negro, hombre-mujer, rico-pobre, mirrey-naco, productivo-improductivo. Si bien el nivel de ingreso como indicador que busca “medir” la desigualdad es ampliamente validado sobre todo por los organismos financieros internacionales, recurrir solamente a esta perspectiva de análisis diluye la perspectiva del poder, en el sentido de que se omite el hecho de que la falta de poder de los inferiorizados tiene consecuencias en los procesos de distribución de la riqueza.

KEYWORDS

Inequality; Asymmetric dichotomies; Qualitative; Exploitation; Latin America.

ABSTRACT Given the growing inequalities in Latin America, it is necessary to explore different ways of explaining inequalities pursuant to approaches based on the analysis of power relations, such as asymmetric dichotomies derived from socially constructed prejudices based on differentiations such as: white-black, man-woman, rich-poor, mirrey-naco, productive-unproductive.

* Salvador Vázquez es doctor en Ciencias Sociales. Cuenta con más 20 años de experiencia profesional en el tercer sector, especialista en dirección y gerencia de programas de desarrollo social dirigido a grupos vulnerables tanto a nivel nacional como internacional. Es docente en la Universidad Anáhuac y en la Universidad ORT en México.

Although the level of income as an indicator that seeks to “measure” inequality is widely validated above all by international financial organizations, resorting only to this perspective of analysis dilutes the perspective of power, in the sense that the fact that the lack of power of the inferiorized has consequences in the processes of wealth distribution.

MOTS CLÉS

Inégalité; Dichotomies asymétriques; Qualitatives; Exploitation; Amérique latine.

RÉSUMÉ

Face aux inégalités croissantes en Amérique latine, il est nécessaire d'explorer différentes manières d'expliquer les inégalités basées sur des approches d'analyse des relations de pouvoir, telles que les dichotomies asymétriques dérivées de préjugés socialement construits basés sur des différenciations telles que: blanc-noir, homme-femme, riche-pauvre, mirrey-naco, productif-improductif. Bien que le niveau de revenu en tant qu'indicateur qui cherche à “mesurer” l'inégalité soit largement validé surtout par les organisations financières internationales, l'utilisation de cette perspective analytique unique dilue la perspective du pouvoir, dans ce sens le manque de pouvoir de l'infériorisé a des conséquences dans les processus de distribution de la richesse.

Cuantitativo o/versus cualitativo

Desde que las ciencias sociales adquirieron rigurosidad al haber adoptado en su quehacer de muchos de los elementos de medición y comprobación de la verdad a fin de acreditar y otorgar el carácter de científico a sus hallazgos, los métodos de estudio cuantitativos se han colocado por encima en términos de validez frente a los denominados métodos cualitativos. Bajo la premisa de que lo cuantificable es objetivo y retrata fielmente la realidad de las cosas, hemos venido acreditando que, temas como la pobreza o la desigualdad han venido disminuyendo de manera considerable particularmente en los países de América Latina. Y no es que los sofisticados programas estadísticos para la medición de indicadores relacionados con el aumento o la reducción de la pobreza y la desigualdad mientan.

Ocurre que bajo las cifras del desempeño económico se esconde el valor principal para determinar el valor de una economía, es decir, la capacidad de consumo que tienen los habitantes de un país o una región. Un ejemplo de este “enmascaramiento” de la pobreza y la desigualdad es el caso de una de las muchas familias que habitan en las regiones más pauperizadas en América Latina. En el hogar no se puede contar con los insumos básicos para la alimentación lo que repercute en la salud y la nutrición de los hijos, tampoco existen los medios necesarios para asistir y completar con calidad los niveles básicos de educación, pero lo que sí se puede observar en la familia es

que cuentan con antena satelital para captar canales de televisión o puede verse a los jóvenes cargando sofisticados aparatos de telefonía celular (aunque se encuentren sin señal o crédito para acceso a la línea). El hecho de contar con artículos o bienes de consumo vale para ser considerados por los indicadores de medición de la pobreza como fuera de esta, aunque la realidad sea tangencialmente diferente.

La diferencia entre establecer realidades en lo social solo a través de cantidades y no a través de cualidades es el hecho de que todo aquello que queda fuera del establecimiento de parámetros entraría en otra categoría, así por ejemplo, si tomamos en consideración que para el Banco Mundial la línea de pobreza se encuentra en el ingreso de dos dólares estadounidenses diarios, podríamos acaso considerar que aquellas personas que obtienen un ingreso diario de tres dólares estadounidenses para su supervivencia no son pobres, o en su caso, deberíamos de echar mano de otros indicadores que permitan establecer con altos grados de certeza qué es ser pobre, cuánto se requiere para dejar de ser pobre o que otras cosas no se observan ni se miden pero que determinan la condición de las personas.

De ningún modo se está queriendo decir aquí que los métodos cuantitativos no son adecuados o que deberían ser sustituidos por los métodos cualitativos. No. Lo que sí es cierto es que tomar únicamente como referencia para analizar las desigualdades métodos cuantitativos puede ser una herramienta bastante útil para los sectores dominantes y en poder de las naciones y con ello continuar sometiendo a una condición marginal a las grandes masas poblacionales haciendo uso de los buenos indicadores de desempeño económico, la estabilidad financiera, el aumento en el consumo para mostrar la bonanza del país. La realidad es que estos elementos son importantes pero son insuficientes para explicar la penosa realidad de millones de personas en América Latina. Se trata entonces de agregar otros elementos basados en lo que las personas sienten y experimentan en su vida cotidiana y que explican su realidad. De otro modo como poder ofrecer una explicación medianamente convincente para el sentido común de cómo en un país como México puede convivir por un lado uno de los hombres más ricos del planeta pero por otro lado, en ese mismo país se puede encontrar condiciones de miseria similares a las existentes en las regiones más asoladas por la pobreza en África.

Dicotomías asimétricas tradicionales

¿Quién llamó al hombre como hombre y a la mujer como mujer? Es difícil establecerlo con absoluta precisión. Tal vez un estudio muy a profundidad podría suponer muchas explicaciones que nos ofreciera una respuesta lógica y certera sobre ello, pero más allá de eso, lo que sí parece haber sido y seguir siendo claro es la condición subordinada que algo o alguien otorgó a las mujeres desde el principio. Desafortunadamente, tal condición social de inferioridad permanece vigente a través de muchas prácticas hoy en día y este tipo de desigualdad persistente ha sido muy bien explicada por Charles

Tilly quien señaló que la o las desigualdades persistentes son aquellas que perduran de una interacción social a otra, con especial atención a las que persisten a lo largo de toda una carrera, una vida o una historia organizacional (Tilly, 2000: 20).

Metodológicamente, las desigualdades sociales persistentes funcionan a partir de determinar puntos extremos imaginariamente y bajo una construcción social que determina diferencias. De este modo, se pueden establecer extremos para articular explicaciones sociales ligadas a la moral, es decir, categorías de bien y de mal. Justo aquí podemos explicar el concepto de dicotomía asimétrica.

Por definición, las dicotomías se establecen a través de conceptos diferenciados, opuestos y asimétricos, es decir, no podrán ser iguales, dado que su esencia misma es la desigualdad. Si entonces, se piensa en determinantes sociales extremos podemos encontrar dicotomías asimétricas en el ámbito físico, químico, biológico y matemático que al ser aplicadas en el ámbito de lo social, permiten justificar y muchas veces validar las persistencia de las desigualdades.

Sin duda, existen diversas perspectivas para analizar las desigualdades, pero para efectos de este ensayo, aquí se adopta una perspectiva marxista la cual sostiene que el mecanismo que produce la desigualdad social se caracteriza por la competencia, por la explotación y por el acaparamiento de oportunidades. Justamente para poder analizar las desigualdades desde esta perspectiva es necesario cuestionarse qué es lo que explica los desequilibrios para competir por los recursos, cómo algunas pocas personas logran establecer las condiciones necesarias para generar medios de explotación socialmente aceptados o naturalizados y cómo explicar el acaparamiento. Más aún, las dicotomías asimétricas se constituyen en indicadores cualitativos para identificar, visibilizar y explicar las diferenciaciones y cómo estos indicadores cristalizan la exclusión.

Así, por ejemplo, categorías dicotómicas como blanco-negro establecen desde que se hace referencia a ellas, diferencias y clasificaciones de acuerdo al color, al estatus y también al lugar que en la jerarquía social ocupan los blancos y los negros. Más aún, incluso desde el siglo XVI y en mayor o menor medida hasta la segunda década del siglo XX la raza como categoría social explicaba la supuesta superioridad de una raza sobre otra a través de pseudoargumentos biológicos. Todavía más, los nacionalismos radicales basados en la superioridad racial han cobrado vigencia esta segunda década del siglo XXI en el discurso político para justificar y mantener el poder.

El poder en clave de desigualdad es lo que históricamente ha permitido que la explotación sea el mecanismo que crea, reproduce y mantiene la existencia de las clases sociales. La clase privilegiada o las elites a través de los mecanismos de explotación “controlan un recurso valioso y que demanda trabajo para mantener su producción, del cual solo pueden obtener utilidades si aprovechan el esfuerzo de otros, a quienes excluyen del valor total agregado por ese esfuerzo” (Tilly, 2000: 99).

Seguendo el argumento de Charles Tilly, la desigualdad social se basa en el contraste que caracteriza las categorías duales de relación como por ejemplo las de género: hombre-mujer, las de raza: blanco-negro, las de inclusión: ciudadano-no ciudadano. De hecho, estas categorías que son socialmente definidas delimitan en muchos casos las relaciones inequitativas de poder y son sostenidas con base en las diferencias opuestas que marcan estas dicotomías para determinar los modos jerárquicos en los que se organiza el orden social.

Al respecto de la dicotomía asimétrica de inclusión —exclusión misma que va ligada a otra categoría dicotómica asimétrica ciudadano— no ciudadano, vale la pena señalar por ejemplo la tensa relación que en los últimos años ha reactivado los sentimientos nacionalistas de una parte importante de la población estadounidense hacia la población mexicana. Temas como la inmigración ilegal ha permitido justificar las diversas expresiones racistas que culpan a los mexicanos. Los llamados “brownies”, quienes deciden aceptar empleos precarios, trabajan 14 horas en las cosechas del campo y aceptar todo tipo de violaciones laborales con el fin de aspirar a una vida mejor, la misma que no pudieron encontrar en su país. Aquí puede observarse una doble lógica de exclusión, por una parte, no fueron tratados como ciudadanos mexicanos o lo fueron pero como ciudadanos de tercera y fueron silenciosamente expulsados, pero por otra parte, adquieren la condición de nuevos esclavos al incorporarse a un país del que desconocen su lengua, sus costumbres y su idiosincrasia en general.

Las dicotomías asimétricas constructoras de diferencias sociales están compuestas en categorías que funcionan como mecanismos de control socialmente naturalizados donde las diferencias categoriales como negro/blanco, varón/mujer, ciudadano/extranjero, musulmán/judío o estadounidense/mexicano más que ser diferencias individuales en atributos, inclinaciones o desempeño, son medios a través de los cuales “las personas que controlan el acceso a recursos productores de valor resuelven problemas organizacionales acuciantes por medio de distinciones categoriales” (Tilly, 2000: 21).

Cada categoría social diferenciadora y productora de desigualdad se conforman en sistemas de cierre, exclusión, y control social. A decir verdad, la producción de las dicotomías o “la producción de las categorías pareadas y desiguales” (Tilly, 2000), tienen un efecto crucial ya que producen diferencias importantes y duraderas en el acceso a los recursos valorados, siendo el poder el más importante de ellos. El poder en efecto y quien o quienes lo detentan son responsables de reproducir y mantener los mecanismos de desigualdad persistentes, ya que desde las estructuras de poder es posible la institucionalización de los pares categoriales dentro del sistema social.

La desigualdad económica la cual ha sido posible a través de la explotación económica es el principal mecanismo causal de las desigualdades persistentes, dado que esta “actúa cuando personas poderosas y relacionadas disponen de recursos de los que extraen utilidades significativamente incrementadas mediante la coordinación

del esfuerzo de personas ajenas a las que excluyen de todo valor agregado por este esfuerzo” (Tilly, 2000: 23).

El consumo, también susceptible de convertirse en una dicotomía asimétrica “los que tienen/los que no tienen”, es el fenómeno por excelencia del capitalismo avanzado y que determina las relaciones de convivencia entre los seres humanos y que invisibiliza la explotación. Anteriormente, “la explotación era considerada como un fenómeno de carácter moral y susceptible de ser cívicamente corregido, una ley bárbara dictada por los capitales, un derecho de la propiedad a gozar de los frutos del trabajo sin realizar ninguna de las tareas del trabajo, o como un abuso de los consumidores frente a los productores” (González Casanova, 2006: 34), pero parece que frente a las actuales condiciones de extrema desigualdad, la explotación adquiere cada vez mayor relevancia dentro del contexto de la persistencia de las desigualdades sociales.

Lo anterior no tendría nada de novedoso sino fuera por el hecho de que lo que hoy se presenta como un nuevo fenómeno, se ha perfeccionado gracias a la capacidad de los poderosos para construir nuevos mecanismos productores de desigualdad. La desigualdad a la luz de las relaciones sociales de explotación de unos hombres por otros produce cosas, objetos, bienes, pero también se reproducen las mercancías, los propios hombres, las clases sociales y las ideas. Sin embargo, para que esta reproducción logre consolidarse es necesario observar la producción de las cosas y los instrumentos incluidos los hombres considerados como cosas a través del desarrollo de las fuerzas productivas, sin un cambio correlativo de las relaciones de producción fundamentales, es decir, la desigualdad social se presenta una vez que se establece una relación inequitativa entre los propietarios de los medios de producción y los productores directos, cuyo trabajo no es retribuido sino solo en parte.

Así entonces, las desigualdades van más allá de ser solamente desigualdades económicas. La desigualdad, cualitativamente se aprecia a través de la conformación de relaciones asimétricas presentes, como sin las relaciones de producción (económicas), pero que se reproducen en todos los ámbitos o esferas de la vida: el cultural, el social, el político y el simbólico. La explotación se apoya en la distribución desigual de retribuciones en proporción a la división de la propiedad entre participantes de la misma actividad productiva pero permite ser observada a través de la lupa de las dicotomías asimétricas, es decir, la explotación se apoya también en el acaparamiento de oportunidades por parte de agentes colaboradores, “lo que complementa la explotación y que hace que la experiencia categorialmente diferenciada, en un ámbito dado, produzca diferencias en las capacidades e inclinaciones individuales y en las relaciones sociales que se transfieren a otros ámbitos y provocan en ellos desempeños diferenciales, y, por lo tanto, retribuciones desiguales” (Tilly, 2000: 97-98).

La desigualdad es un asunto relacional-categorial, donde los sujetos, los colectivos y la sociedad en general pueden verse inmersos en una o más esferas o ámbitos de desigualdad, no solo económica, sino también política, de participación social,

de reconocimiento cultural, entre otras, sin que ninguna de las esferas de desigualdad sea de carácter excluyente entre ellas mismas; por el contrario, se complementan y amplían. En otros términos, se trata de “desigualdades multiplicadas” (Dubet, 2003). La multiplicación de efectos provocados por las dicotomías asimétricas de desigualdad se presenta a lo largo de las diferentes escalas de la vida individual y social. Esta depende en gran medida de un conjunto de factores o repertorios que permitan que se lleve a cabo esta reproducción.

Por repertorios se entiende a aquellos conjuntos de características que se repiten constantemente en un ámbito dado, en el caso concreto de los repertorios de la desigualdad social, los repertorios se configuran a través de nuevas categorías dicotómicas emergentes que explican las desigualdades como el concepto latinoamericano de “mirreynato”. Los repertorios o factores que determinan las dicotomías asimétricas poseen una o más dimensiones para el análisis y explicación de los mecanismos que producen la desigualdad.

Dicotomías asimétricas emergentes

Existe consenso generalizado respecto a que América Latina es la región más desigual del planeta. Desigualdad que no solo se mantiene sino que crece. Resulta sorprendente pensar y constatar que un mismo país exista la suficiente riqueza como para producir prosperidad a algunos de los hombres más ricos del orbe, pero al mismo tiempo, poco más de la población de ese mismo país apenas sobrevive con salarios insuficientes para que puedan cubrir las necesidades básicas de su familia, así como el acceso de estos a la seguridad social y el bienestar en general. Este es el caso de México, un país en donde a través de sus calles, el transporte o los espacios públicos se palpa la desesperanza producto de un presente sin oportunidades y de un futuro caracterizado por estar cubierto por una nube de incertidumbre.

Hace ya algún tiempo que en las sociedades latinoamericanas el mecanismo por excelencia para lograr el desarrollo de las personas dejó de ser la educación. La educación no solo caracteriza por el acceso a la escuela, sino sumado esto a componentes basados en el esfuerzo constante de las familias por tratar de hacer siempre un esfuerzo adicional por llevar a sus hijos a la escuela hasta donde la economía familiar alcanzara, ya que se pensaba que, una vez jóvenes, y cargando bajo el brazo con una profesión, los futuros ciudadanos podrían mejorar su calidad de vida en relación de las oportunidades que habían tenido sus padres.

Esta “recompensa” no sería otra cosa que resultado del esfuerzo cotidiano, es decir, de la cultura del esfuerzo; sin embargo, hoy parece ser que tal cultura prácticamente ha desaparecido o más bien siempre ha estado caracterizada por dicotomías asimétricas como el acceso determinado por ser rico o pobre; favorecido por pertenecer a un grupo u ostentar cierto estatus o pertenecer a un barrio; por ser blanco o por ser

negro o moreno que ha sido sustituida por la emergencia de la nuevas dicotomías asimétricas que funcionan muy bien para explicar las desigualdades contemporáneas.

Autores como Ricardo Raphael u Ozziel Nájera Espinosa y Gladys Ortiz Henderson en su extraordinario artículo “Identidades juveniles de principios del siglo XXI: los mirreyes” hoy nos encontramos frente a un nuevo régimen moral que privilegia la herencia y las relaciones públicas por encima del esfuerzo. Se trata de un sistema que responde a los intereses y mantiene los privilegios de una pequeña elite económica, desconectada de la realidad que aqueja a millones de personas, una realidad asimétrica, en donde unos muy pocos lo tienen todo y en donde muchos no tienen nada (Raphael, 2015; Espinosa y Ortiz, 2012).

Solo como referencia de las nuevas categorías dicotómicas asimétricas emergentes, el sistema social denominado mirreynato y que se materializa en la figura del mirrey trata de un sujeto que se caracteriza por su amplia capacidad de derroche, prepotencia y cuyo objetivo primordial consiste en la construcción de relaciones sociales que definirán la suerte o el infortunio de todos aquellos de quienes le rodean. El mirrey sintetiza su existencia y razón de ser en la ostentación, la impunidad, la corrupción y la discriminación que ejerce en la sociedad.

Derivado de lo anterior, esta nueva dicotomía emergente mirrey/naco se reproduce tanto en las elites económicas como en los estratos más bajos, sin olvidar a la clase media, sumergida en una especie de limbo, en donde los potenciales aspirantes a mirrey se educan en algunas de las universidades privadas más costosas, pero paradójicamente, son los hijos de investigadores que laboran en la universidad pública, pero esto es así por un solo hecho, en la Universidad pública no hallarán las relaciones sociales que en el futuro les serán indispensables para poder “saltar” el tortuoso viacrucis que significa la búsqueda de trabajo y con ello evitar el esfuerzo requerido para colocarse en una posición laboral por sus méritos y capacidades adquiridas a lo largo de su formación profesional.

Del otro lado, la categoría “naco” refiere a las personas consideradas como corrientes o inferiores, mal educadas y con mal gusto o quienes copian las tendencias de vida y estilo de los mirreyes. Es de resaltar que, ambas categorías dicotómicas asimétricas aglutinan a otras categorías que refuerzan la desigualdad. Es decir, no solamente se es naco. Ser naco significa social e imaginariamente ser pobre, ser moreno, ser de la clase baja y estar condenado a la precariedad educativa y laboral del sistema. El mirrey, es todo lo contrario. Es rico y representa todos aquellos valores aspiracionales que los de abajo desean del que sueñan algún día pertenecer. Es la reproducción de un sistema que legitima y reproduce las desigualdades.

Para ilustrar la desigualdad imperante en América Latina y particularmente en México, Ricardo Raphael analiza la estructura social mexicana en 10 niveles de un edificio de apartamentos en donde el piso 10 corresponde al *penthouse* habitado

por la elite económica. Lógicamente, en el piso 1 habita la porción de la población más pobre o de menores recursos si se prefiere (Raphael, 2015: 183). Este ejemplo, desenmascara una buena parte de las ficciones que las elites políticas y económicas en el país utilizan para justificar las relaciones injustas que favorecen la persistencia de la desigualdad. Una especie de sistema de castas en donde los de abajo también crean también sus propios mecanismos de exclusión.

Otra categoría dicotómica asimétrica digna de señalar es la de productivo/improductivo. Bajo la mirada de los grupos poderosos la justificación respecto a las diferencias de ingreso radica en la poca productividad de las masas en el trabajo. La solución frente a ello ha sido la extensión de las jornadas de trabajo pero son un aumento significativo del salario. Sin embargo, esta estrategia no ha generado los resultados esperados en cuanto a la productividad. Algunos de los países latinoamericanos poseen las jornadas de trabajo más largas del mundo lo cual no refiere mejoras en la productividad, pero sí reflejan otros fenómenos como la reducción de las condiciones de bienestar y efectos negativos en las condiciones de vida de las personas. El análisis cualitativo en este sentido consistiría en preguntarse cómo se puede ser más productivo ganando cada vez menos salario, cómo se puede ser productivo si se trabaja bajo disgusto y una permanente sensación de injusticia mientras los empleados de alguna prestigiada cadena de venta de ropa de diseñador miran que su dueño figura en las portadas de las revistas de sociedad ostentando su cada vez mayor fortuna.

Las dicotomías asimétricas quizá siempre pero más ahora han cancelado los mecanismos sociales que posibilitan la movilidad social de las personas y nos encontramos frente a una nueva versión de la anomia social.

El enfoque cualitativo de análisis de las desigualdades requiere que el analista de lo social sea capaz de observar lo más simple de las prácticas sociales. Por eso, resulta fundamental la difusión del conocimiento y la capacitación de las personas. Los pobres alcanzan a los ricos en la medida en que adquieren el mismo nivel de herramientas y habilidades cognitivas y tecnológicas, pero dónde se adquieren conocimientos y habilidades que permitan desarrollar a las personas. No importa si es en la escuela y la universidad pública o privada, la clave es el esfuerzo y la dedicación (Piketty, 2015).

Conclusión

No es suficiente con señalar por parte de las elites representadas por los políticos que ahora sí habrá un combate frontal contra la corrupción. Se necesita una política pública eficiente que sea especialmente punitiva con aquellos quienes han acumulado su riqueza arrebatando los presupuestos públicos. En esto, el análisis de las desigualdades desde la perspectiva cualitativa tiene un rol fundamental. La política no pertenece a los políticos y esta es una categoría que debiera de convertirse en dicotómica. Lo que hoy se nombra como un político es o debería ser en realidad un representante

popular y ser denominado así. El análisis cualitativo permite justamente desarrollar la capacidad de hacer distinción.

Es urgente trabajar en un cambio de paradigma que pueda ser capaz de voltear la mirada hacia la construcción de un nuevo orden moral basado en el reconocimiento de la desigualdad y en la búsqueda de la ruptura de las dicotomías asimétricas y que sobreponga el conocimiento por encima del nepotismo, el derecho por encima de la impunidad y el ejercicio pleno de la ciudadanía frente a la simulación de los mal llamados políticos. De lo contrario, a la elite económica no debe sorprenderle el incremento de la violencia y los conflictos sociales recurrentes derivado todo ello de la indiscriminada desigualdad.

Bibliografía

- DUBET, F. (2003): *As desigualdades multiplicadas*, Rio Grande do Sul, Editora Unijuí.
- MARX, K. (2014): *El capital: crítica de la economía política, tomo I, Libro I. El proceso de producción del capital*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- NÁJERA ESPINOSA, O. y ORTIZ HENDERSON, G. (2012): "Identidades juveniles de principios del siglo XXI: los mirreyes", *Revista de Antropología Experimental*, 12.
- PIKETTY, T. (2015): *El capital en el siglo XXI*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- RAPHAEL, R. (2015): *Mirreynato. La otra desigualdad*, Ciudad de México, Temas de Hoy.
- TILLY, C. (2015): *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.